

CONVERTIRSE EN TRABAJADORA REPRODUCTIVA: EL SURGIMIENTO Y LA EXPERIENCIA DE LA GESTACIÓN SUBROGADA EN UCRANIA

BECOMING A REPRODUCTIVE WORKER: THE EMERGENCE AND EXPERIENCE
OF SURROGACY IN UKRAINE

TORNAR-SE TRABALHADORA REPRODUTIVA: O SURGIMENTO E A EXPERIÊNCIA
DA GESTAÇÃO DE SUBSTITUIÇÃO NA UCRÂNIA

Delphine Lance

École des hautes études en sciences sociales

Recibido: 19/06/2025 | Aceptado: 01/12/2025

Resumen: Este artículo analiza la gestación subrogada en Ucrania como una forma contemporánea de trabajo reproductivo, moldeada por las lógicas económicas globales, los legados postsoviéticos y la precarización de la mujer. Muestra cómo Ucrania, gracias a un marco jurídico permisivo y a la laboralización de los cuerpos de las mujeres, se convirtió en un eslabón de la cadena global del trabajo reproductivo antes de la guerra. El análisis se basa en un estudio etnográfico realizado entre 2012 y 2013.

En esta organización del mercado, las trayectorias de las mujeres que conocimos revelan un espectro de motivaciones compuestas -entre estrategias de supervivencia y proyectos de vida—, así como formas concretas de resistencia. Reivindicando la condición de trabajadoras, ponen de relieve las diferentes facetas del trabajo reproductivo —fisiológicas, emocionales y morales— y algunas optan por establecerse como trabajadoras independientes, lejos de las limitaciones impuestas por las agencias.

Palabras clave: gestación subrogada; Ucrania; mercado reproductivo

Abstract: The article analyzes surrogacy in Ukraine as a contemporary form of reproductive labor, shaped by global economic logic, post-Soviet legacies, and the precariousness of women. It shows how Ukraine, thanks to a permissive legal framework and the exploitation of women's bodies, established itself as a link in the global reproductive labor chain (Tain, 2013) before the war. The analysis is based on ethnographic research conducted between 2012 and 2013.

Within this market structure, the trajectories of the women interviewed reveal a spectrum of motivations—ranging from survival strategies to life plans—as well as concrete forms of resistance. Claiming their status as workers, they highlight the different facets of reproductive work—physiological, emotional, moral—and some choose to become self-employed, far from the constraints imposed by agencies.

Keywords: surrogacy; Ukraine; reproductive market

Resumo: O artigo analisa a barriga de aluguel na Ucrânia como uma forma contemporânea de trabalho reprodutivo, moldada pela lógica econômica global, pelo legado pós-soviético e pela precariedade das mulheres. Mostra como a Ucrânia, graças a um quadro jurídico permissivo e à exploração do corpo das mulheres, se impôs como um elo na cadeia mundial do trabalho reprodutivo (Tain, 2013), antes da guerra. A análise baseia-se numa investigação etnográfica realizada entre 2012 e 2013.

Nessa organização do mercado, as trajetórias das mulheres entrevistadas revelam um espectro de motivações complexas – entre estratégias de sobrevivência e projetos de vida – bem como formas concretas de resistência. Reivindicando o estatuto de trabalhadoras, elas destacam as diferentes facetas do trabalho reprodutivo – fisiológico, emocional, moral – e, para algumas, optam por se lançar como trabalhadoras independentes, longe das restrições impostas pelas agências.

Palavras-chave: gestação por terceiros; Ucrânia; mercado reprodutivo

Introducción

La gestación subrogada es legal en Ucrania desde 2002, pero ha tendido a desarrollarse a gran escala solo desde la década de 2010. Este artículo examina la gestación subrogada como una forma contemporánea de trabajo reproductivo, regida por la lógica de la rentabilidad, al tiempo que observa las áreas de resistencia que genera. Mediante la examinación de la gestación subrogada en la intersección de los legados soviéticos, la precarización posterior a la transición y la inclusión de Ucrania en una cadena global de trabajo reproductivo (Tain, 2013) el objetivo es comprender cómo esta práctica ha surgido como una forma de trabajo y de poner el cuerpo de las mujeres a trabajar.

El artículo se basa en un estudio etnográfico realizado en Ucrania entre 2012 y 2013, que incluye observaciones en cinco agencias de PAM y entrevistas con treinta y tres mujeres subrogantes. Las entrevistadas fueron seleccionadas a partir de anuncios publicados en línea entre 2010 y 2013, en función de su disponibilidad, su ubicación y el avance de su trayectoria, con la finalidad de captar una diversidad de situaciones. El análisis cualitativo combinó un enfoque inductivo y una codificación temática de las entrevistas, lo que permitió identificar los temas recurrentes en los relatos de las participantes.

Se centra en la organización del mercado antes de la guerra, sin tener en cuenta las transformaciones que el conflicto armado puede haber provocado en la estructuración del sector reproductivo.

Tres preguntas guían esta reflexión: ¿cómo la gestación subrogada surgió como forma de trabajo en Ucrania?, ¿cómo el sistema ucraniano pone de relieve las nuevas formas de apropiación del trabajo reproductivo?, ¿qué resistencia oponen las mujeres a esta lógica de mercantilización?

Para contestar estas preguntas, examinaremos en primer lugar las condiciones locales y transnacionales que han permitido a Ucrania establecerse como polo de oferta en el mercado globalizado del trabajo reproductivo. A continuación, analizaremos las estrategias de elusión y resistencia puestas en práctica por las mujeres para conseguir que su trabajo sea reconocido, visibilizado o reapropiado.

Un contexto local propicio a la aparición de la gestación subrogada

No hay nada malo en hacerlo, lo hacen por sus familias. Ya sabes [...] estas mujeres necesitan dinero y están en una situación difícil y tienen que alimentar a sus hijos, mantener a sus maridos, por ejemplo, este fue particularmente el caso después de las *subprimes*, hace unos años, fue una situación muy difícil en Ucrania, mucha gente perdió su trabajo y tenían amenazas del banco y tenían que hacer algo para vivir, encontrar un trabajo era complicado.

En palabras de Katerina, psicóloga de una agencia de gestación subrogada, esta práctica se considera una solución práctica a una combinación de crisis económicas recurrentes y presión social que convierte a las mujeres en garantes del bienestar familiar. Para comprender la dinámica de este fenómeno, hay que considerar dos niveles de análisis: la economía postsoviética y las transformaciones de género.

Una economía de género desfavorable a las mujeres

Desde que Ucrania obtuvo su independencia en 1991, las mujeres han tenido que enfrentarse a un entorno radicalmente alterado: transición a una economía de mercado, retirada del Estado del bienestar, hiperinflación, privatización masiva (Gatskova, 2015). Todos ellos son factores que hacen más precaria su vida cotidiana. La rápida desindustrialización y el colapso del sector público han dado paso a una economía de desguace. El trabajo de muchas mujeres se encuentra marginalizado o ellas están relegadas a actividades informales mal remuneradas.

En este contexto, las relaciones de género también se están redefiniendo. La transición postsoviética no liberó a las mujeres; al contrario, las devolvió a una figura idealizada: la *Berehynia* (Rubchak, 2009).

Inicialmente un espíritu femenino protector, asociado con la tierra y el hogar —su nombre hace referencia a *bereh* («orilla») y *berehty* («proteger») —, esta figura mitológica se reconfigura en la década del noventa como la encarnación de una feminidad nacional, pura, maternal y sacrificada (Kis, 2003). Su elevación al rango de icono patriótico culminó con la erección de su estatua en la plaza de la Independencia en 2001, como símbolo de la mujer como guardiana no solo del hogar, sino de toda la nación. El Estado y las élites políticas la promueven en el discurso público como modelo femenino, al tiempo que reducen el apoyo a la paternidad (Kis, 2003). Lejos de ser insignificante, esta figura prescriptiva representa la conversión de una madre trabajadora en una madre-esposa abnegada, disponible para su familia y la nación (Zhurzhenko, 2001).

Sin embargo, en la realidad cotidiana, las mujeres no tienen más remedio que asumir un papel económico activo. Se convierten en el respaldo de la familia: no solo cuidan el hogar, sino que también tienen que buscar los medios para hacerlo sobrevivir (Gal y Kligman, 2000). Este doble mandato provoca una tensión constante. Por un lado, las normas sociales las animan a encarnar *la Berehynia*; por otro, las limitaciones económicas las empujan a dedicarse a actividades lucrativas. Aquí es donde entra en juego la gestación subrogada.

Ella ofrece a las mujeres ucranianas la oportunidad de conciliar dos exigencias aparentemente contradictorias: por un lado, quedarse en casa, encarnar la maternidad y cuidar el hogar; por otro, obtener unos ingresos importantes que muy a menudo destinan a los gastos familiares. El trabajo reproductivo se convierte así en una palanca de seguridad doméstica. Sin embargo,

esta conciliación es posible gracias a que la gestación subrogada se produce en un contexto de trabajo precario, de recursos domésticos y de limitaciones estructurales.

De una economía de supervivencia a una economía de vida

Las trayectorias de las mujeres que conocimos revelan una tensión constante entre dos estrategias. Una de supervivencia —un medio para hacer frente a las limitaciones económicas cada vez más acuciantes en un contexto de inseguridad económica, en el que los medios de subsistencia denominados «convencionales» son inaccesibles o ineficaces (Vlasenko, 2021)— y una estrategia de vida —una oportunidad para mejorar su vida cotidiana y la de sus familias (Deomampo, 2013; Rozée et al., 2016)—. En este contexto, convertirse en mujer subrogante puede considerarse una palanca para la movilidad social ascendente.

En el caso ucraniano, la realidad de los viajes individuales revela a menudo motivaciones entrelazadas, que forman parte de un continuo entre estos dos polos de la gestación subrogada.

Algunos, como Oksana, de 33 años, que fue mujer subrogante, recurrieron a ella como último recurso, obligados por las deudas:

Solo fui mujer subrogante una vez porque necesitaba una cantidad importante de dinero, más de 100.000 hryvnias (10.000 euros). Tuve que pagar las deudas y tengo dos hijos... no había salida [...] Ya te lo he dicho, no había otra salida y cuando pasa algo así [las amenazas]....

En este contexto de desesperación, Oksana pensó primero en vender uno de sus riñones, antes de considerar la gestación subrogada como una alternativa menos perjudicial a largo plazo. Haciendo gala de un «oscuro realismo», por utilizar la expresión de Ashwin (2002, p. 19), consideró que la gestación subrogada era una mejor opción que vender un órgano.

Otras, como Tatiana, de 27 años, que estaba comprometida en su segunda gestación subrogada cuando la conocimos, lo ven como una oportunidad de acceder a lo que llaman una «buena vida»: viajar, enviar a sus hijos a buenas escuelas, comprar un piso. Nos lo explica:

Mi madre y yo somos jóvenes, queremos viajar, relajarnos, vivir por nuestra cuenta [...] Cuando cobro mi sueldo, me lo gasto en préstamos y no tengo dinero para salir de vez en cuando a ver mundo.

La independencia económica, la realización personal y la libertad de movimientos son aspiraciones importantes para Tatiana y su madre, como lo son para muchas de las jóvenes ucranianas que conocimos durante nuestro trabajo de campo.

Frente a este desajuste entre sus deseos y sus medios, que le impide «disfrutar realmente de la vida», nos dice, ve en la gestación subrogada una oportunidad para hacer realidad sus sueños.

1 La presente publicación es una traducción al español, realizada por Delphine Lance, del artículo «The influence of the Soviet gender order on employment behavior in contemporary Russia», de Sarah Ashwin, publicado originalmente en *Sociological Research*, 41(1), 2002, pp. 21-37. Las traducciones de las citas textuales son de la autora.

Su primera experiencia como mujer subrogante le permitió reducir parte de su crédito. Con una segunda subrogación, espera saldar otras deudas para poder liberar un poco de dinero para ella, su madre y su hijo y «cumplir sus sueños».

No hay una línea clara entre estrategia de supervivencia y estrategia vital, son los dos extremos de un espectro dentro del cual se despliega toda una gama de motivaciones compuestas.

Convertirse en trabajadoras reproductivas

La precariedad del empleo femenino desempeña un papel central en este espectro intermedio. Muchas de las mujeres que se convierten en subrogantes están sobrecualificadas para los trabajos que desempeñan realmente. Tras haber cursado estudios superiores, no pueden encontrar un trabajo que corresponde a su nivel de formación. La degradación es evidente, como resume una ginecóloga de una clínica donde realizamos nuestro trabajo de campo: «Muchas de ellas tienen muy buena formación, pero necesitan dinero, porque la economía ucraniana no puede ofrecerles el salario y el trabajo que merecen». En este contexto, la gestación subrogada se convierte en una alternativa económica «racional» a un mercado laboral que fracasa. Nadiya, embarazada de cuatro meses, explica:

Tengo que hacer esto [la gestación subrogada], porque en los bancos no nos pagan tan bien, ya sabes [...] el sueldo es de 1.700 jrivnias [170 dólares]. Alquilamos un piso. Así son las cosas [...] Hay trabajos que pagan 1.700 hryvnias. Pero ese dinero no nos ayuda mucho. Alquilamos un piso y tenemos dos hijos. Y tenemos problemas por nuestras deudas.

Este desajuste entre aspiraciones y realidad se refleja también en el creciente número de empleos poco cualificados y en la erosión de la seguridad laboral. Mykayla, de 33 años, profesora en una zona rural al inicio del proceso de gestación subrogada, explica cuando le preguntamos por qué se volvió mujer subrogante:

Tengo dos hijos, así que tengo que cuidarlos. Y hoy, no mañana. Mañana sería demasiado tarde. [...] Creo que voy a dejar mi trabajo. Ya les he dicho que tenemos una escuela muy pequeña, no asisten muchos alumnos a clase. Puede que me quede un año o dos, pero ¿quién sabe el futuro? Ahora tengo suficientes horas, pero ¿y dentro de unos años? No veo ninguna perspectiva. El salario máximo es de 1.500 jrivnias (140 dólares). Es una miseria.

La precariedad de la vida rural, la incertidumbre y el bajo nivel de sus ingresos la han obligado a buscar otros medios de subsistencia. Esta inestabilidad se ve agravada por la inseguridad salarial. En el sector público, los salarios no solo son bajos, sino que se pagan de forma irregular (Gorodnichenko y Peter, 2007).

Por ello, considera que la gestación subrogada es una forma temporal pero eficaz de mantener a su familia, mejorar su calidad de vida y ofrecer a sus hijos un futuro mejor. Insiste en el carácter forzoso pero temporal de esta forma de empleo, y planea volver a la enseñanza una vez que se

haya asentado en la ciudad. Sin salir del país, utiliza estrategias de afrontamiento similares a las observadas entre las madres migrantes implicadas en el cuidado transnacional (Kindler, 2009), utilizando la gestación subrogada como recurso económico temporal hasta que encuentre un trabajo más estable.

Además, la gestación subrogada también puede parecer una mejor solución laboral. Liouba, de 32 años, embarazada de un mes en el momento de nuestro encuentro y empleada en una fábrica de cuero, describe un entorno de trabajo nocivo, en el que está expuesta a disolventes químicos. Cuenta cómo reaccionó su marido cuando le dijo que quería dedicarse a la reproducción:

Al principio no me apoyó, decía que podría tener consecuencias. Pero le dije que, si iba a trabajar a la fábrica, a la de cuero, y respiraba pegamento, comprometería mi salud en un año, mientras que en el otro caso tenía la oportunidad de ayudar a la gente.

Ante esta realidad, Liouba ve en la gestación subrogada una alternativa menos perjudicial para su salud a largo plazo, a pesar de los riesgos que conlleva. Esta perspectiva coincide con las observaciones de Rudrappa y Forest (2014) sobre las trabajadoras textiles de Bangalore, que eligen la gestación subrogada como empleo temporal para beneficiarse de mejores ganancias económicas, pero también para minimizar los peligros asociados a su actividad principal.

Además de las limitaciones asociadas a su empleo, madres solteras sin apoyo de sus ex cónyuges combinan las responsabilidades parentales y económicas en un contexto marcado por la desvinculación masculina estructural. Esta falta de apoyo, ampliamente compartida por las mujeres divorciadas que conocimos, forma parte de un legado soviético que ha tenido un impacto duradero en las relaciones de género (Siegl, 2023). Bajo el régimen soviético, las mujeres eran consideradas «madres trabajadoras», responsables tanto de la producción económica como de la reproducción social, mientras que a los hombres se les asignaban funciones políticas, militares y técnicas. Esta división de roles en función del género, reforzada por la responsabilidad colectiva del Estado sobre los niños, expulsó a los hombres de la esfera doméstica. A pesar del fin de la URSS, estas concepciones persisten y siguen influyendo en las representaciones de la masculinidad y la feminidad en las sociedades post soviéticas (Novikova, 2012). En Ucrania, la idealización postsocialista de la mujer como «guardiana del hogar» ha consolidado esta dinámica, contribuyendo a borrar el papel paterno en la vida cotidiana. En consecuencia, las mujeres, enfrentadas tanto a la desigual distribución de las tareas parentales como a las desigualdades económicas, se ven a menudo obligadas a recurrir a soluciones informales como la gestación subrogada para mantener solas a sus familias.

Otra limitación vinculada a la asimetría de género lleva a las mujeres a recurrir a la gestación subrogada. Muchas mujeres nos dijeron que la vuelta al trabajo tras la baja por maternidad era especialmente difícil para las mujeres ucranianas, debido a la inseguridad financiera y a la

falta de guarderías asequibles (Zhurzhenko, 2001). Menos del 10 % de las familias pueden contar con ayuda profesional, una situación agravada por la privatización parcial de los servicios de guardería, que restringe el acceso a guarderías públicas de calidad (Strel'nyk, 2017). Los recortes en las guarderías subvencionadas, heredados de la época soviética, agravan este dilema entre carrera profesional y responsabilidades familiares, frenando a largo plazo la vuelta al trabajo o a la formación (Vlasenko, 2021). Así, el valor simbólico de la maternidad ha ido acompañado de su devaluación económica, lo que obliga a muchas mujeres a reinventar su relación con el trabajo y a desarrollar estrategias, como la gestación subrogada, para conciliar estar en casa y ganarse la vida (Weis, 2017).

En estas condiciones, la gestación subrogada permite a algunas mujeres convertir su capacidad reproductiva en un recurso económico. Para las mujeres que crían solas a sus hijos, o que están de baja por maternidad, la posibilidad de quedarse en casa mientras generan ingresos es estratégica. Regina, 33 años, antigua mujer subrogante, resume esta lógica: «Estaba de baja por maternidad con mi hijo menor, así que pensé ¿por qué no aprovechar para ganar más?».

Algunas de las mujeres que conocimos han convertido esta desigualdad en una oportunidad de negocio. Las mujeres pueden generar ingresos mientras permanecen en casa, transformando su espacio doméstico en un lugar de actividad económica. La gestación subrogada como trabajo a domicilio, que crea oportunidades económicas para las mujeres con bajos ingresos, altera las jerarquías sociales tradicionales (Sassen, 2006). En efecto, al convertir el hogar en un lugar de producción económica, revalorizan económicamente el trabajo reproductivo, lo que pone en tela de juicio las divisiones tradicionales entre los llamados *espacios productivos* en el sentido económico directo, vinculados a la realización de un trabajo remunerado, y los espacios que suelen considerarse improductivos, refiriéndose aquí al trabajo que se ejecuta en la esfera privada. Sin embargo, aunque el espacio doméstico se convierta en un lugar de producción económica, no deja de ser un lugar de trabajo doméstico. Las mujeres acumulan así dos formas de trabajo en el mismo lugar: el «trabajo productivo» de la gestación subrogada y el trabajo reproductivo diario para sus propias familias. A diferencia del trabajo doméstico de cuidado en el extranjero, la gestación subrogada permite a las mujeres dedicar «parte de su energía de producción doméstica a su propia familia» (Tain, 2013, p. 49).

Si bien la situación de las mujeres ucranianas es un factor central en el surgimiento de la práctica de la gestación subrogada, no es la única condición. El análisis local debe complementarse con una lectura global: la de un mercado transnacional del trabajo reproductivo. Ucrania no es solo un lugar donde se anima a las mujeres a tener hijos para otros por falta de alternativas económicas; se ha convertido en un eslabón estratégico de una «cadena global de trabajo reproductivo» (Tain, 2013) en la que los cuerpos de las mujeres se movilizan como recursos.

Un mercado globalizado del trabajo reproductivo: Ucrania como centro de suministro

A partir de la década de 2010, Ucrania surgió como un polo de suministro en la división internacional del trabajo reproductivo. Mientras que los países de Europa Occidental, Norteamérica y Asia Oriental eran las principales fuentes de demanda, Ucrania se especializó en el suministro de capacidad gestacional. Este posicionamiento se basa en una combinación de varios factores: un marco jurídico permisivo, conocimientos clínicos reconocidos, precios competitivos y una abundante mano de obra femenina considerada fiable y «eficiente».

La gestación subrogada en Ucrania forma parte de un modelo más amplio de reproducción estratificada (Ginsburg y Rapp, 1995), en el que las capacidades reproductivas de las mujeres se valoran de manera desigual a escala mundial. Algunas mujeres benefician de derechos reproductivos más importantes; otras, en situaciones de vulnerabilidad económica, son movilizadas como recursos al servicio de los planes de crianza de otras personas. En este contexto, Ucrania encarna un espacio periférico de producción reproductiva en una bioeconomía globalizada, donde las trayectorias maternas de las mujeres se convierten en capital gestacional.

Este capital es gestionado y valorado por las agencias ucranianas, que no se limitan a vender un embarazo, sino un servicio reproductivo calibrado, rápido y seguro. «Un niño en menos de 14 meses», «puede suceder muy rápido»: estas frases, que se oyen una y otra vez sobre el terreno, revelan la estandarización del proceso. El embarazo se convierte en un tiempo de producción controlado, un plazo optimizado. Esta lógica productivista afecta directamente a la forma en que se gestionan los cuerpos de las mujeres: el objetivo es garantizar la disponibilidad, la conformidad biológica y la regularidad emocional de las trabajadoras en gestación.

Reclutar para el mercado

En este sistema, la contratación de mujeres subrogadas se basa en técnicas derivadas de las cadenas de comercialización, gestión y subcontratación. Las agencias recurren a las redes sociales, a anuncios en periódicos locales, pero también a bases de datos internas, en particular de antiguas vendedoras de óvulos, ya probadas y de confianza. Este proceso de selección es testimonio de la creciente racionalización del trabajo reproductivo, que tiende a alinearlo con la lógica de la industria biomédica.

Así pues, la gestación subrogada forma parte de lo que Cooper y Waldby (2014) denominan trabajo clínico: una actividad en la que el cuerpo se convierte en un lugar de producción, integrado en una cadena biomédica estandarizada y sujeto a los imperativos del rendimiento. Desde el momento de su contratación, las mujeres son seleccionadas en función de criterios fisiológicos precisos: antecedentes obstétricos, ausencia de patologías crónicas y, sobre todo, maternidad

demostrada. Haber llevado a término un embarazo es un requisito esencial. Esta experiencia pasada se considera una garantía de fiabilidad: atestigua el buen funcionamiento del útero, que en este contexto se convierte en un recurso productivo comprobado.

Las agencias recopilan esta información mediante cuestionarios detallados que registran el número de embarazos, el peso de los niños al nacer, las condiciones del parto, etc. Estos datos se utilizan para preseleccionar organismos considerados de «alto rendimiento» (Rozée, 2020) y capaces de garantizar una gestación óptima. Este enfoque hace hincapié en el valor de las capacidades productivas supuestas —aunque fundamentalmente imprevisibles— de la trabajadora.

Esta lógica transforma el historial obstétrico en un indicador de empleabilidad. El útero se evalúa como una infraestructura reproductiva que puede movilizarse al servicio de un proyecto parental. A través de esta normalización, las mujeres se convierten en soportes biológicos seleccionados por su supuesto rendimiento gestacional, ajustado a las necesidades del mercado transnacional (Rudrappa, 2015).

Reclutar una mujer

Las mujeres también pueden ser reclutadas por su capacidad para hacer frente al estigma social asociado a la gestación subrogada —percibido en Ucrania como un trabajo sucio (Hughes, 1951; Pande, 2009)— así como por su capacidad para ejercer un trabajo emocional (Hochschild, 2003).

En algunas agencias, por ejemplo, las mujeres no son enviadas directamente a la clínica: se realiza una entrevista inicial para evaluar su entorno familiar, su discreción y su comprensión del proceso de gestación subrogada. Lilia, coordinadora de un programa de gestación subrogada, explica:

También hablamos mucho de su entorno familiar, sus padres, ¿quién sabrá de su participación en el programa? ¿Cómo se imaginan que vivirán cuando se les vea el vientre? Ninguna de ellas quiere que la gente de su entorno sepa que participa en el programa.

El objetivo de este trabajo de control es garantizar que las mujeres subrogadas serán capaces de afrontar socialmente el trabajo de reproducción.

Algunas agencias también entrevistan a psicólogos en las reuniones o utilizan pruebas estandarizadas, como el *Inventario Multifásico de Personalidad de Minnesota*, para evaluar la capacidad de las candidatas para asumir un papel emocional estandarizado: ni demasiado frías, ni demasiado apegadas, capaces de compasión, pero sin desbordarse. El trabajo emocional se convierte entonces en una habilidad esperada. En el contexto de la gestación subrogada, el trabajo emocional (Hochschild, 2003) adopta varias formas. Por un lado, se refiere a la autorregulación de las emociones en la esfera privada, y principalmente implica la gestión de las emociones que las mujeres tienen que producir y contener en relación con el feto. Se trata de una inversión emocional medida: amar al niño sin reivindicar la maternidad. Para las agencias, la mujer ideal es una

«madre trabajadora» (Pande, 2009), una mujer capaz de cuidar el niño que lleva en su vientre sin desarrollar un apego demasiado fuerte. Se requiere una inversión emocional, pero calibrada. Hay que «querer» al niño lo suficiente como para cuidarlo bien, pero no demasiado como para poder desprenderse de él. Este equilibrio emocional es una cuestión central. Demasiada indiferencia es descalificante, pero también lo es demasiado afecto. Por lo tanto, la disciplina implica regular las emociones: las mujeres tienen que manejar la ambivalencia, ser conscientes de que el niño no es suyo y, al mismo tiempo, desempeñar un papel emocional.

Por otra parte, también se evalúa la capacidad de las mujeres para llevar a cabo una forma de *emotional labor*, es decir, un manejo emocional realizado en un entorno profesional, al servicio de los demás y en respuesta a mandamientos institucionales, esta vez dirigidos principalmente a los futuros padres. Se trata de entablar relaciones, mostrar amabilidad y empatía hacia los padres. Esta capacidad de desempeñar un papel emocional controlado en la interacción con los clientes forma parte de la definición de un buen trabajador de la reproducción.

La gestación subrogada como servicio

Aunque la gestación subrogada implica un trabajo real —físico, emocional—, las agencias evitan cuidadosamente utilizar términos como *trabajadora o salario*. Prefieren hablar de *mujer subrogante* y de *compensación*, o incluso de *ayuda o apoyo*.

Las directivas oficiales que rigen la gestación subrogada en Ucrania (Ministerstvo okhorony zdorov'ya Ukrainy, 2008) no mencionan la remuneración de las mujeres subrogantes ni la dimensión comercial de la práctica. Los formularios de consentimiento firmados por las mujeres en las clínicas solo hacen hincapié en el carácter voluntario de su compromiso, sin mencionar ninguna compensación económica. Sin embargo, existe un documento adicional, firmado entre la mujer subrogante y la agencia, que especifica el importe de la remuneración. Sin embargo, este documento califica el importe de «compensación» y no de salario.

Esta práctica, que también se ha documentado en otros contextos como la India (Rudrappa y Collins, 2015), transforma sutilmente la percepción de las relaciones económicas: las mujeres ya no son vistas como prestadoras de servicios, sino como receptoras de ayuda, mientras que la remuneración pagada por los padres patrocinadores adquiere la apariencia de un acto filantrópico, a pesar de que el trabajo reproductivo de las mujeres subrogantes es una fuente evidente de beneficios para los intermediarios de la fertilidad (Vertommen y Barbagallo, 2021). Estos últimos utilizan una retórica de ayuda, haciendo de la gestación subrogada parte de una economía circular de donaciones en la que la agencia o el fondo de caridad ayuda a las mujeres que, a su vez, «apoyan» a las parejas infértiles. Esto significa que las portadoras gestacionales no reciben un salario, sino una compensación económica o incluso una donación de la agencia.

Recurrir a una estructura caritativa o a la retórica de la ayuda permite alinear la oferta con las expectativas de una clientela extranjera, sensible a la idea de no explotar a los demás (Ragone, 1999). Esta estrategia refleja una forma de negación institucionalizada del trabajo reproductivo, convertido en gesto altruista dentro de un marco moralmente aceptable pero jurídicamente precario.

Sin embargo, este intento de invisibilización es cuestionado, en la práctica, por las propias mujeres, que desarrollan estrategias para revalorizar sus acciones dentro de este mercado.

La resistencia de las mujeres

Una de las formas en que las mujeres se resisten a estas estrategias es mediante la recalificación de su papel: se afirman como trabajadoras —física, emocional y moralmente— dentro de un sistema que las reduce a una función biológica.

Valorar el trabajo en la gestación subrogada

Muchas mujeres subrogantes ucranianas, como Inna, de 24 años, que ya fue mujer subrogante y está embarazada de una segunda gestación subrogada, lo ven sobre todo como un servicio profesional: «Cuando no gestas a tu propio hijo, ayudas a la gente. Obviamente, tienes que cobrar por ello, porque todo trabajo tiene que ser remunerado. Llevar y dar a luz a un niño no es tan fácil». Inna exige que se le pague por un trabajo que considera difícil. Sus comentarios forman parte de un movimiento más amplio para reconocer y valorar las actividades vinculadas con la intimidad, que históricamente han sido invisibles, devaluadas, infravaloradas durante mucho tiempo y consideradas incompatibles con la comercialización (Boris y Parreñas, 2010; Cattapan, 2016). De estas ideas se hacen eco las feministas materialistas, que abogan por una valoración social y económica más justa del trabajo reproductivo (Delphy, 2013; Tabet, 1998).

Este trabajo queda demasiado a menudo eclipsado por el mandato de dar y el altruismo femenino, aunque trabajo y dar no deberían oponerse (Nahman, 2013; Whittaker & Speier, 2010). En palabras de Inna, encontramos la idea de que altruismo y remuneración son dimensiones complementarias y no contradictorias la gestación subrogada como trabajo (Jacobson, 2016). El concepto de trabajo permite así conciliar intimidad y mercantilización, mostrando que estas dos esferas, lejos de excluirse mutuamente, están, por el contrario, estrechamente vinculadas (Zelizer, 2005).

Este concepto sitúa la gestación subrogada en el continuum de otras formas de trabajo de *care*, que implican un compromiso físico y emocional al servicio de la reproducción social (Glenn, 2010; Pande, 2014). En este contexto, la gestación subrogada puede ser visto como una extensión de estas formas de trabajo externalizado, como las niñeras o las ayudas a domicilio (Ehrenreich y Hochschild, 2004; Fedyuk, 2015; Parreñas, 2015).

Las mujeres también destacan otra dimensión de la práctica: el compromiso fisiológico y emocional que requiere. Olya, de 28 años, que se prepara para su segunda gestación subrogada, subraya el carácter exigente de este trabajo:

Voy a llevar este bebé durante nueve meses, voy a sufrir, voy a tomar pastillas, voy a ponerme inyecciones, todo es químico, ya ves. No es un trabajo sencillo, entiendes. Es normal que te paguen por ello. No es tan sencillo, te inyectan algo y luego te lo pones, no es fácil. Tienes que sufrir psicológica y moralmente.

La gestación subrogada es un «trabajo encarnado» (Pande, 2010) que implica al cuerpo de forma total al servicio de otra persona. Este trabajo es «una transferencia directa de energía vital humana a un consumidor» (Vora, 2012, p. 682) y requiere una autodisciplina rigurosa. Las mujeres deben dejar de lado su propio bienestar en favor de la salud y el desarrollo del embrión/feto, siguiendo estrictos protocolos médicos y ajustando su dieta y estilo de vida (Vora, 2009). Estas inversiones vitales, a menudo invisibilizadas debido a su naturaleza *in vivo* e interiorizada (Cooper y Waldby, 2014), justifican a los ojos de mujeres como Olya la necesidad de una remuneración. Entre tratamientos hormonales, inyecciones y transformaciones corporales, estas mujeres asumen una serie de restricciones físicas y morales que sitúan esta actividad en la esfera del trabajo (Smietana et al., 2021).

Julia, de 26 años, por ejemplo, embarazada de tres meses de su primera gestación subrogada, lo describe como un «trabajo fisiológico» que requiere una atención constante: «Es un trabajo extraño, un trabajo fisiológico... Hay que tener en cuenta muchas cosas psicológicas y morales..., pero no deja de ser un trabajo».

En otras palabras, además del trabajo físico, la profundidad emocional y moral de la experiencia presenta otra faceta del trabajo de gestación subrogada que debe valorarse como tal, su dimensión emocional.

Olya habla de «sufrimiento psicológico», mientras que Julia se refiere a los aspectos «psicológicos y morales» del procedimiento. Manejar las emociones, el apego al niño, las reacciones de los que las rodean y la forma en que los demás las ven es un aspecto central del proceso. Para las madres subrogadas, es precisamente esta carga emocional invisible pero constante la que sustenta su reivindicación de la condición de trabajadoras.

El trabajo emocional comienza mucho antes del embarazo. Empieza desde la toma de decisión, mediante una rigurosa preparación introspectiva. Julia, de 26 años y embarazada de tres meses en el momento de nuestro encuentro, nos confiesa: «¿Cómo se toma esta decisión? Bueno, creo que hay que intentar prepararse psicológicamente, de una forma u otra... Prepararse es lo más importante».

Marta, de 25 años y embarazada de su primera gestación subrogada, también insiste: «Tienes que tener claras tus razones [...] hay que ver cómo lo hablas con los que te rodean».

Esta preparación emocional no solo concierne a las propias mujeres, sino también a sus hijos y a quienes las rodean. Klavdia, por ejemplo, de 26 años, antigua mujer subrogante, explica: «Me

lo pensé durante mucho tiempo [...] porque tengo hijos y no quería que vieran todo esto, ya que mi hijo mayor entiende ya todo».

Este trabajo continúa durante todo el embarazo. Para evitar el apego o la confusión simbólica, algunas mujeres utilizan estrategias para distanciarse, recurriendo a metáforas técnicas Liouba, de 32 años, embarazada de un mes, explica: «Me convengo de que es el hijo de otra persona y de que soy una especie de incubadora, sin emoción». Al representarse a sí misma como una máquina, aspira a suprimir toda emoción maternal y los aspectos «incontrolables» (Teman, 2008, p. 52) de su naturaleza durante el proceso.

Esta representación de sí misma como una entidad mecánica, alejada de sus afectos, refleja un intento deliberado de controlar sus emociones, con el objetivo de minimizar, o al menos intentar manejar, su apego. Este mecanismo de disociación emocional es una forma de trabajo emocional mediante el cual Liouba se autoconviene de que el niño que lleva en su vientre pertenece a otras personas. La negación de las emociones personales, en particular de las emociones positivas como el apego, sirve al fin último del proceso: transmitir un hijo a sus padres.

Aquí encontramos la idea de un «embarazo desencarnado» (Majumdar, 2014, p. 200): se induce a las mujeres subrogantes a despersonalizar su experiencia del embarazo para evitar apegarse al embrión/feto que llevan en su vientre. En este contexto, las metáforas pueden considerarse herramientas cognitivas que les permiten modular su implicación emocional en el proceso (Teman, 2010). Para Liouba, como para muchas otras, es *a priori* más fácil pensar en sí misma como un ser desprovisto de emociones, y es aquí donde la comparación con la incubadora cobra relevancia.

Esta disociación entre maternidad y gestación, entre apego y misión, les permite enmarcar la gestación subrogada como una actividad de *care*, limitada en el tiempo y en su finalidad. Lida, embarazada de cinco meses, lo expresa así: «La gestación subrogada es solo un trabajo, no es maternidad. Es completamente diferente».

Al disociar embarazo y maternidad, las mujeres se protegen a sí mismas, pero también protegen al orden moral. Aquí es donde entra en juego un segundo aspecto, igualmente esencial: la labor de moralización.

Algunas mujeres redefinen su viaje como un acto de bien, una forma de misión. Olya explica: «Sabía que era una especie de trabajo, que estaba ayudando a la gente. Lo trato como si estuviera haciendo una buena obra [...] eso es lo principal».

Para otros, esta «buena acción» forma parte de una perspectiva religiosa. Se ven a sí mismos como instrumentos de un plan divino. Bogdana, de 33 años y embarazada de 5 meses, explica: «Dios ha querido que una persona gane dinero de esta manera, que lo haga lo mejor que pueda. Eso es todo». justificando la gestación subrogada por su capacidad de «ayudar a una pareja elegida por Dios». Este trabajo de recodificación moral da sentido a su compromiso, les permite superar el estigma y reivindicar la gestación subrogada como un trabajo digno, altruista y legítimo.

Esta valoración de la gestación subrogada como una forma de trabajo polifacética es una respuesta a la invisibilidad del trabajo que implica. Al declararse trabajadoras, las mujeres no solo reivindican su derecho a una remuneración, sino sobre todo al reconocimiento simbólico del esfuerzo mental, el autocontrol y los sacrificios emocionales y morales que han realizado.

Precisamente porque reconocen por completo las distintas dimensiones del trabajo que implica la gestación subrogada, algunas mujeres optan por trabajar por cuenta propia. Al negarse a recurrir a una agencia, tratan de recuperar el control sobre las condiciones de su participación, negociando ellas mismas la cuantía de la remuneración, la elección de los padres comitentes o incluso las condiciones del embarazo.

Trabajar por cuenta propia

Esta elección de la gestación subrogada independiente puede estar dictada por el deseo de recuperar el control sobre los términos del compromiso. Olya, tras una primera experiencia decepcionante con una agencia y una pareja británica, decidió convertirse en mujer subrogante independiente. Cuenta cómo la obligaron a firmar un contrato con cláusulas desfavorables y sin margen de negociación:

Los puntos del contrato eran normales: alojamiento, comida, ropa, pero no nos dieron nada de eso. Nos explicaron [a ella y a su amiga] que ese tipo de contrato era para los padres, pero que para nosotras había otras condiciones... Discutimos y protestamos, pero fue inútil. Entonces no tenía computadora ni Internet, así que no podía encontrar nada ni preguntar a nadie. Era una principiante en este campo, por eso mi amiga y yo firmamos el contrato. Hablé con ellos [la agencia] durante bastante tiempo, pero me explicaron: «Chica, firmas este contrato o no lo firmas. Nadie te retiene aquí, adiós».

Destaca su falta de acceso a la información en aquel momento —sin computadora, sin Internet— y cómo esto limitaba su margen de maniobra. Olya y su amiga acabaron aceptando un salario considerado insuficiente.

Esta falta de poder de negociación es estructural. Sofía, responsable de una agencia de gestación subrogada, nos explicó que a las mujeres que piden negociar su contrato se las remite sistemáticamente al contrato estándar, que supuestamente es justo y no se puede modificar, que bloquea cualquier intento de individualización. En este contexto, el desconocimiento del proceso y la información asimétrica contribuyen a esta dominación, como demuestra la historia de Olya.

Pero la aparición de Internet y la circulación de información en los foros están modificando progresivamente estas relaciones (Berend, 2012), y las mujeres adoptan poco a poco los códigos de la gestación subrogada, identifican las cláusulas esenciales, comparan las condiciones y aprenden a formular las preguntas adecuadas. Este aumento de las competencias contribuye a debilitar el monopolio de las agencias a la hora de definir el contrato «correcto» y favorece el desarrollo de

itinerarios autónomos. Para su segunda gestación subrogada, Olya optó por una organización independiente, esta vez con pleno conocimiento de causa. Se une así a un movimiento más amplio de mujeres que, fortalecidas por su experiencia y mejor informadas, reivindican el derecho a la negociación y la autonomía.

Masha, de 24 años, antigua vendedora de ovocitos que está iniciando el proceso para convertirse en mujer subrogante, explica:

Creo que es más fácil negociar directamente con los padres y resolverlo todo pacífica y tranquilamente. Soy una persona sana, estoy en mi sano juicio y puedo hablar. ¿Por qué iba a acudir a la agencia si puedo hacerlo directamente?

Al alejarse de los canales institucionalizados que pueden percibirse como opacos o potencialmente coercitivos, la gestación subrogada independiente ofrece a las mujeres mayor libertad para negociar en forma directa las condiciones de su compromiso. En los acuerdos directos, los padres comitentes y las mujeres subrogantes acuerdan las condiciones de trabajo y la remuneración. Investigaciones anteriores, en particular la realizada por Pande (2009) en la India, señalan una dinámica particular en esta relación directa entre los padres patrocinadores y las mujeres subrogantes. Pande explica que esta relación puede disminuir la percepción del trabajo que supone la gestación subrogada, impidiendo así que las trabajadoras negocien eficazmente las condiciones de los contratos y su remuneración. Sin embargo, la experiencia de algunas mujeres en Ucrania parece demostrar lo contrario. Parece que las mujeres subrogantes ucranianas están en mejor posición para negociar los contratos cuando realizan una gestación subrogada por cuenta propia.

Inna, de 24 años y mujer subrogante desde hacía dos meses en el momento de nuestro encuentro, también asume esta posición de autónoma y destaca la flexibilidad del contrato directo: «Si el contrato se firma directamente con los futuros padres, todos los puntos que son importantes para ti se tienen en cuenta en el contrato».

Al reapropiarse de las herramientas jurídicas —contrato personalizado, recurso a un abogado independiente—, las mujeres establecen una colaboración con los padres, alejada de la relación jerárquica impuesta por las agencias. También pueden introducir nuevas garantías, como un seguro que cubra las complicaciones médicas, cláusulas de indemnización en caso de embarazo ectópico y disposiciones especiales para el seguimiento sanitario.

La elección de la independencia también está motivada por el hecho de que los beneficios se reparten de forma desigual. Muchas mujeres son conscientes de los márgenes de beneficio que obtienen las agencias en los acuerdos de gestación subrogada. Embarazada de cuatro meses para su primera experiencia de gestación subrogada, Nadiya, de 30 años, nos contó que una agencia de Kharkiv se había puesto en contacto con ella tras publicar el anuncio a través del cual la encontramos. Sin embargo, se negó a trabajar con ellos porque «sus condiciones no son buenas. Ofrecen muy poco dinero». Cuando le preguntamos por la cantidad total ofrecida por la agencia para el

programa, Nadiya respondió: «8000 dólares». Intrigada por esta remuneración, consultó el sitio web de la agencia y descubrió que la cantidad cobrada a los padres rondaba los 40.000 dólares. Esta disparidad entre la remuneración ofrecida a la madre subrogada y el coste total del programa cobrado a los padres revela los considerables márgenes de beneficio obtenidos por las agencias y la devaluación del trabajo biológico, clínico y emocional realizado por las madres subrogadas.

Según Nadiya, este reparto desigual de los ingresos es más injusto aún, ya que son las mujeres subrogantes las que asumen todos los riesgos asociados al embarazo y al parto. En su opinión, dado su papel central y los peligros a los que se exponen, deberían ser las que más ganaran en estos acuerdos. Las mujeres autónomas cobran una media de 18.000 euros por el servicio, a los que hay que sumar entre 300 y 400 euros más al mes para cubrir los gastos de manutención (comida, ropa, etc.) de dos a tres veces más que las cantidades ofrecidas por las agencias.

Otras mujeres optan por la gestación subrogada independiente porque desean seleccionar a la pareja con la que trabajarán durante más de nueve meses. Así, algunas se convierten en las reclutadoras: eligen a los padres, los entrevistan y evalúan su respeto. Marina, embarazada de cinco meses de una pareja, nos explicó que había elegido la gestación subrogada independiente porque no quería que la controlaran y prefería trabajar con personas que confiaran en ella y no la vigilaran a diario. El embarazo ya era una experiencia suficientemente estresante para no tener que lidiar con la presión añadida de intermediarios o padres demasiado exigentes, como lo había leído en algunos foros. Para medir la implicación de los padres y el grado de control que deseaban ejercer, Marina había elaborado un cuestionario que abarcaba puntos como la frecuencia de comunicación deseada y la voluntad de acudir a las citas médicas.

Esta libertad de elección permite a las mujeres negarse a trabajar con determinadas parejas después de conocerlas, una opción de la que no dispondrían en el marco de un acuerdo con una agencia. Este derecho a controlar las condiciones de la relación, hasta la negativa rotunda a trabajar con determinadas personas, marca una ruptura con el modelo impuesto por las agencias, en el que las mujeres deben adaptarse al cliente. Este derecho a negarse, imposible en el marco de un contrato de agencia estandarizado, marca una forma de asertividad en las relaciones. Refleja un deseo más amplio de recuperar el control de todo el proceso, desde la selección de los clientes hasta la gestión del propio embarazo. Esta autonomía permite a las mujeres decidir si actúan o no sobre su cuerpo. Mientras que el aborto o la reducción de embriones son una elección de los padres patrocinadores como parte de un acuerdo de agencia, las mujeres autónomas tienen la posibilidad, si así lo desean, de negociar esta parte del proceso, lo que les da una forma adicional de control sobre sus cuerpos.

En su primera experiencia como trabajadora reproductiva, Regina, de 33 años, se opuso a la recomendación médica de proceder a la reducción embrionaria. Después de que uno de los dos fetos se considerara inviable, los médicos le propusieron la reducción embrionaria. Ella se negó

categoricamente: «Existía el riesgo de que, si tocabas a uno, podías matar también al segundo. Dije que no iba a ir a ningún sitio y que, si pasaba algo, ellos [los padres que encargaron el embarazo] no pagarían nada».

Esta decisión, tomada en consulta con la madre comisionada que la apoyaba, fue posible gracias al marco contractual flexible que ella misma había negociado. A diferencia de las gestaciones subrogadas gestionadas por agencias, donde la presión médica e institucional deja poco margen para el desafío, su estatus independiente le permitió imponer su decisión, incluso frente a la insistencia de los profesionales sanitarios sobre los riesgos.

Su cuerpo se ha convertido así en un espacio de resistencia sobre y con el que puede reclamar el control personal (Pande, 2014). Al negarse a la reducción, Regina no solo se oponía a un procedimiento médico concreto, sino también a un sistema que pretendía regular y controlar su cuerpo de acuerdo con lógicas que a veces iban en contra de sus intereses. En este caso, optó por preservar ambos fetos para evitar la pérdida de ingresos que podría haber supuesto una interrupción parcial del embarazo, que podría haber destruido ambos fetos y puesto fin al embarazo. Rechazó esta intervención no por razones morales, sino porque entendía que su trabajo consiste en mantener la vida como «capacidad a largo plazo» (Waldby y Mitchell, 2006, p. 23) y que no quería arriesgarse a poner en peligro la supervivencia del feto sano.

Al hacer valer este derecho a decidir sobre su propio cuerpo, Regina encarna una forma de asertividad reproductiva: una manera de poner límites, resistirse a los mandatos biomédicos y redefinir la gestación subrogada como un contrato basado en la negociación, no en la sumisión, que no habría sido posible con una agencia.

Los comentarios de las mujeres sobre las razones que las llevaron a elegir la subrogación independiente ponen de relieve la naturaleza especialmente precaria del trabajo reproductivo. Tal como lo define Vosko (2010), el empleo precario se caracteriza por «la incertidumbre, unos ingresos insuficientes y unas prestaciones sociales y derechos legales limitados» (p. 2). Las mujeres subrogadas son la encarnación perfecta de esta definición: a pesar de su papel central en la creación de valor, siguen siendo marginadas tanto respecto a sus derechos como al no reconocimiento de su trabajo (Jociles et al., 2021).

Esta precariedad se manifiesta a varios niveles: falta de un estatuto jurídico claro, protección social y física inexistente, remuneración no regulada por la legislación laboral (Weis, 2017). Al ejercer un control mínimo sobre las agencias y clínicas privadas (Vlasenko, 2024), el Estado mantiene a estas mujeres en una zona gris en la que, aunque son trabajadoras de facto, no gozan de ninguna de las protecciones garantizadas por la legislación laboral.

Paradójicamente, esta situación de no reconocimiento provoca una doble dinámica: crea un margen de maniobra tanto para los intermediarios como para los trabajadores (Koch, 2020). La informalidad del sector, al escapar de las limitaciones de los mecanismos formales del Estado y

del mercado, también abre oportunidades para las mujeres. Pueden liberarse de las motivaciones lucrativas que suelen regir los acuerdos de la gestación subrogada y hacer valer sus derechos e intereses.

Ante este desequilibrio estructural y conscientes de que, en cualquier caso, tendrán que asumir solas todos los riesgos, sin una protección adecuada, algunas mujeres recurren al autoempleo, una tendencia especialmente marcada en Ucrania, donde el recurso al sector informal es habitual (Kossals y Ryvkina, 2003; Round et al., 2008). Esta estrategia les permite negociar activamente sus condiciones de trabajo y los términos de sus contratos, convirtiendo su vulnerabilidad en palanca de negociación. Así pues, el enfoque independiente les ofrece ventajas tangibles.

Conclusión

Al analizar la gestación subrogada en Ucrania como una forma contemporánea de trabajo reproductivo, este artículo ha puesto de relieve las lógicas de dominación que organizan este mercado: la subordinación económica de las mujeres, la disciplina corporal y la invisibilización del trabajo.

Sin embargo, contrariamente al discurso que puede presentarlas como pasivas o explotadas, las trayectorias de las mujeres que conocimos revelan formas de resistencia. Al declararse trabajadoras, al reivindicar un salario, al rechazar determinadas condiciones o al optar por el autoempleo, estas mujeres practican formas de resistencia, ciertamente en un entorno constreñido, pero resistencia real, a las lógicas patriarcales y capitalistas del mercado de la reproducción globalizado.

A través de estas prácticas, contribuyen a reconfigurar los contornos del trabajo reproductivo, no solo revelando sus múltiples facetas (biológica, emocional, moral), sino también cuestionando las divisiones tradicionales entre don y trabajo, entre maternidad y gestación. Su posicionamiento —entre limitaciones estructurales, mandatos sociales y estrategias de apropiación— da testimonio de las tensiones que atraviesan las formas contemporáneas de reproducción externalizada, donde las desigualdades de género, clase, estatus geopolítico y acceso a los derechos están estrechamente entrelazadas.

El análisis del caso ucraniano pone de relieve lógicas que, lejos de ser una simple división entre el norte y el sur, estructuran hoy en día el mercado transnacional de la gestación subrogada. En este sentido, la gestación subrogada constituye un observatorio privilegiado de las transformaciones contemporáneas del trabajo reproductivo globalizado. Revela dinámicas centrales destacadas por las teorías del trabajo reproductivo —disciplinamiento del cuerpo (Pande, 2010), segmentación y externalización del trabajo reproductivo, mercantilización de las capacidades biológicas (Cooper y Waldbry, 2014)— que trascienden ampliamente el contexto ucraniano.

Al mostrar cómo se organiza, divide y valora la gestación como un verdadero trabajo reproductivo, el caso ucraniano obliga a reconsiderar la forma en que la reproducción humana

se integra en el mercado. Revela que esta mercantilización no solo se refiere a un «servicio» reproductivo, sino a un conjunto de prácticas, controles y relaciones laborales que recomponen de manera más amplia el campo del trabajo reproductivo transnacional.

Aunque este artículo se basa en datos recogidos antes de la invasión de Crimea en 2014 y la intensificación del conflicto en 2022, ahora sería necesario cuestionar la organización del trabajo reproductivo en tiempos de guerra. Un estudio reciente de los seminarios web organizados por algunas agencias ucranianas muestra que su actividad no ha cesado. Por el contrario, estas agencias siguen ofreciendo servicios de gestación subrogada a clientes internacionales, redoblando sus esfuerzos para hacer invisible el conflicto o destacar la supuesta «resiliencia» de las mujeres portadoras de los bebés. Así, durante un seminario web celebrado en otoño de 2024, un director de agencia afirmó: «Las mujeres no están estresadas. Están contentas, felices, simplemente porque hay muchas razones para estarlo».

Este tipo de discurso, que recurre a la imagen de la resistencia casi heroica de las mujeres subrogantes, plantea interrogantes sobre el lugar que ocupa el trabajo emocional exigido y realizado por las mujeres en tiempos de guerra. El mercado de la gestación subrogada se adapta, reubica y reformula sus justificaciones morales. Una etnografía actualizada de estas prácticas en el contexto de la guerra permitiría documentar no solo las continuidades y reconfiguraciones del mercado, sino también las formas de consentimiento, vulnerabilidad y resistencia que operan en estas nuevas condiciones del trabajo reproductivo.

Referencias

- ASHWIN, S. (2002). The influence of the Soviet gender order on employment behavior in contemporary Russia. *Sociological Research*, 41(1), 21-37.
- BEREND, Z. (2012). The romance of surrogacy. *Sociological Forum*, 27(4), 913-936.
- BORIS, E., y PARREÑAS, R. S. (Eds.). (2010). *Intimate labors: Cultures, technologies, and the politics of care*. Stanford Social Sciences.
- CATTAPAN, A. (2016). Precarious labour: On egg donation as work. *Studies in Political Economy*, 97(3), 234-252.
- COOPER, M., y WALDBY, C. (2014). *Clinical labor: Tissue donors and research subjects in the global bioeconomy*. Duke University Press.
- DELPHY, C. (2013). *L'ennemi principal, tome 2 : Penser le genre*. Syllepse.
- DEOMAMPO, D. (2013). Transnational surrogacy in India: Interrogating power and women's agency. *Frontiers: A Journal of Women Studies*, 34(3), 167-188.
- EHRENREICH, B., y HOCHSCHILD, A. R. (Eds.). (2004). *Global woman: Nannies, maids, and sex workers in the new economy*. Macmillan.
- FEDYUK, O. (2015). Growing up with migration: Shifting roles and responsibilities of transnational families of Ukrainian care workers in Italy. En M. Kontos y G. T. Bonifacio (Eds.), *Migrant domestic workers and family life* (pp. 109-129). Palgrave Macmillan.
- GAL, S., y KLIGMAN, G. (2000). *The politics of gender after socialism: A comparative-historical essay*. Princeton University Press.

- GATSKOVA, K. (2015). *Income justice in Ukraine: A factorial survey study*. Cambridge Scholars Publishing.
- GINSBURG, F. D., y RAPP, R. (Eds.). (1995). *Conceiving the new world order: The global politics of reproduction*. University of California Press.
- GLENN, E. N. (2010). *Forced to care: Coercion and caregiving in America*. Harvard University Press.
- GORODNICHENKO, Y., y PETER, K. S. (2007). Public sector pay and corruption: Measuring bribery from micro data. *Journal of Public Economics*, 91(5-6), 963-991.
- HOCHSCHILD, A. R. (2003). *The managed heart: Commercialization of human feeling* (20.ª ed.). University of California Press.
- HUGHES, E. C. (1951). The work and the self. En J. H. Roher y M. Sherif (Eds.), *Social psychology at the crossroads* (pp. 313-323). Harper & Row.
- JACOBSON, H. (2016). *Labor of love: Gestational surrogacy and the work of making babies*. Rutgers University Press.
- JOCILES, M. I., RIVAS, A. M., y AYALA RUBIO, A. (2021). Les représentations sociales des fournisseuses de gamètes en Espagne : derrière le «don» d'ovocyte, un travail invisibilisé et dévalorisé? *Enfances Familles Générations*, 38.
- KINDLER, M. (2009). The relationship to the employer in migrant's eyes: The domestic work Ukrainian migrant women in Warsaw. *Cahiers de l'Urmis*, (12).
- KIS, O. (2003). *Modeli konstruyuvannya gendernoyi identychnosti zhinky v suchasniy Ukrayini [Modelos de construcción de la identidad de género de las mujeres en la Ucrania contemporánea.]*. *Nezalezhnyy kul'turolohichnyy chasopysYi*, (27), 37-58.
- KOCH, G. (2020). *Healing labor: Japanese sex work in the gendered economy*. Stanford University Press.
- KOSSALS, L., y RYVKINA, R. (2003). L'institutionnalisation de l'économie souterraine. *Revue du MAUSS*, 21(1), 135-144.
- MAJUMDAR, A. (2014). Nurturing an alien pregnancy: Surrogate mothers, intended parents and disembodied relationships. *Indian Journal of Gender Studies*, 21(2), 199-224.
- MINISTERSTVO OKHORONY ZDOROV'YA UKRAYINY [MINISTERIO DE LA SALUD DE UCRANIA] (2008). Pro zatverdzhennya Instruktsiyi pro poryadok zastosuvannya dopomizhnykh reproduktyvnykh tekhnolohiy [Sobre la aprobación de la Instrucción sobre el procedimiento de aplicación de las tecnologías de reproducción asistida.], Decreto n.º 771.
- NAHMAN, M. (2013). *Extractions: An ethnography of reproductive tourism*. Palgrave Macmillan.
- NOVIKOVA, I. (2012). Fatherhood and masculinity in postsocialist contexts—Lost in translations. En M. Oechsle, U. Müller y S. Hess (Eds.), *Fatherhood in late modernity: Cultural images, social practices, structural frames* (pp. 95-112). Barbara Budrich Publishers.
- PANDE, A. (2009). Not an «angel», not a «whore»: Surrogates as «dirty» workers in India. *Indian Journal of Gender Studies*, 16(2), 141-173.
- PANDE, A. (2010). Commercial surrogacy in India: Manufacturing a perfect mother-worker. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 35(4), 969-992.
- PANDE, A. (2014). *Wombs in labor: Transnational commercial surrogacy in India*. Columbia University Press.
- PARREÑAS, R. S. (2015). *Servants of globalization: Migration and domestic work*. Stanford University Press.
- RAGONE, H. (1999). The gift of life. En L. Layne (Ed.), *Transformative motherhood: On giving and getting in a consumer culture* (pp. 65-88). New York University Press.
- ROUND, J., WILLIAMS, C. C., y RODGERS, P. (2008). Everyday tactics and spaces of power: The role of informal economies in post-Soviet Ukraine. *Social & Cultural Geography*, 9(2), 171-185.
- ROZÉE, V. (2020). Quand la performance du corps reproducteur devient un travail : La gestation pour autrui en Inde. *Travail, Genre et Sociétés*, 43, 103-123.

- ROZÉE, V., UNISA, S., y DE LA ROCHEBROCHARD, E. (2016). La gestation pour autrui en Inde (1). *Population & Sociétés*, 537, 1-4.
- RUBCHAK, M. J. (2009). Ukraine's ancient matriarch as a topos in constructing a feminine identity. *Feminist Review*, 92(1), 129-150.
- RUDRAPPA, S. (2015). *Discounted life: The price of global surrogacy in India*. New York University Press.
- RUDRAPPA, S., y COLLINS, C. (2015). Altruistic agencies and compassionate consumers: Moral framing of transnational surrogacy. *Gender & Society*, 29(6), 937-959.
- RUDRAPPA, S., y FOREST, M. (2014). Des ateliers de confection aux lignes d'assemblage des bébés: Stratégies d'emploi parmi des mères porteuses à Bangalore, Inde. *Cahiers du Genre*, 56, 59-86.
- SASSEN, S. (2006). Vers une analyse alternative de la mondialisation : Les circuits de survie et leurs acteurs. *Cahiers du Genre*, 40(1), 67-89.
- SIEGL, V. (2023). *Intimate strangers: Commercial surrogacy in Russia and Ukraine and the making of truth*. Cornell University Press.
- SMIETANA, M., RUDRAPPA, S., y WEIS, C. (2021). Moral frameworks of commercial surrogacy within the US, India, and Russia. *Sexual and Reproductive Health Matters*, 29(1), 377-393.
- STREL'NYK, O. (2017). *Turbota yak robota: materynstvo u fokusi sotsiologiyi* [El cuidado como trabajo: la maternidad en el centro de la sociología.]. Krytyka.
- TABET, P. (1998). *La construction sociale de l'inégalité des sexes : Des outils et des corps*. L'Harmattan.
- TAIN, L. (2013). *Le corps reproducteur*. Presses de l'EHESP.
- TEMAN, E. (2008). The social construction of surrogacy research: An anthropological critique of the psychosocial scholarship on surrogate motherhood. *Social Science & Medicine*, 67(7), 1104-1112.
- TEMAN, E. (2010). *Birthing a mother: The surrogate body and the pregnant self*. University of California Press.
- VERTOMMEN, S., y BARBAGALLO, C. (2021). The in/visible wombs of the market: The dialectics of waged and unwaged reproductive labour in the global surrogacy industry. *Review of International Political Economy*, 29(6), 1945-1966.
- VLASENKO, P. (2021). *Global circuits of fertility: The political economy of the Ukrainian ova market* [Disertación doctoral, Indiana University].
- VLASENKO, P. (2024). Uncertain commodities: Egg banking and value in Ukraine. *BioSocieties*, 19(3), 378-401.
- VORA, K. (2009). Indian transnational surrogacy and the commodification of vital energy. *Subjectivity*, 28, 266-278.
- VORA, K. (2012). Limits of «labor»: Accounting for affect and the biological in transnational surrogacy and service work. *South Atlantic Quarterly*, 111(4), 681-700.
- VOSKO, L. F. (2010). *Managing the margins: Gender, citizenship, and the international regulation of precarious employment*. Oxford University Press.
- WALDBY, C., y MITCHELL, R. (2006). *Tissue economies: Blood, organs, and cell lines in late capitalism*. Duke University Press.
- WEIS, C. (2017). *Reproductive migrations: Surrogacy workers and stratified reproduction in St Petersburg* [Disertación doctoral, De Montfort University].
- WHITTAKER, A., y SPEIER, A. (2010). «Cycling overseas»: Care, commodification, and stratification in cross-border reproductive travel. *Medical Anthropology*, 29(4), 363-383.
- ZELIZER, V. A. (2005). *The purchase of intimacy*. Princeton University Press.
- ZHURZHENKO, T. (2001). Free market ideology and new women's identities in post-socialist Ukraine. *European Journal of Women's Studies*, 8(1), 29-49.